

La ritualidad católica ante la muerte en el contexto de la pandemia por Covid-19

Catholic rituality in the face of death in the context of the Covid-19 pandemic

URI: <http://hdl.handle.net/11298/1291>
DOI: <http://doi.org/10.5377/koot.v1i15.16873>

Reynaldo Antonio Rivas¹
Catedrático de Ética y Filosofía
Universidad Tecnológica de El Salvador
rivasreynaldo@gmail.com
ORCID: <https://orcid.org/0009-0001-6685-0871>

Fecha de recibido: 25 de junio 2023
Fecha de aceptación: 30 de agosto de 2023

Resumen

El ser humano de todos los tiempos se ha relacionado ritualmente con la muerte. La evidencia histórica refiere ceremonias antiguas que se hacían en torno a la muerte de las personas, caracterizados por un elaborado código simbólico sobre la base del cual se construye la realidad social, dotando de sentido la experiencia trascendente y misteriosa que, humanamente, parece para algunos solo como el final de un ciclo y, para otros, como abrirse a la trascendencia.

En la teología y tradición católica, la enfermedad y la muerte se acompañan de una variedad de rituales encaminados a restituir la salud del enfermo, como el caso de la Unción, imposición de manos y viático; o también, dar esperanza, conforto y resignación ante la muerte, como en el caso del Responso, la vigilia de oración por el difunto, la Santa Misa de cuerpo presente, la bendición de la tumba y la última recomendación del alma en el cementerio.

¹ MBA y MAE. Licenciado en Filosofía por la Universidad Pontificia *Regina Apostolorum*, Roma, Italia. Docente de Filosofía, Ética y Realidad Nacional en la Universidad Tecnológica de El Salvador.

Todos estos rituales en los que la comunidad cristiana acompaña, tanto en el caso de enfermedad como en la muerte, no pudieron realizarse a todos aquellos fieles cristianos que murieron durante la pandemia y fueron sepultados bajo el protocolo COVID.

Este ensayo es un estudio descriptivo en el que se analiza la ritualidad católica respecto a la muerte en el contexto de la pandemia por COVID-19. Parte de la fenomenología de lo ritual y el sentido de la muerte cristiana, toma en cuenta lo establecido en los Rituales de la Iglesia Católica al respecto, la experiencia de las familias que perdieron a sus seres queridos y, también, la experiencia de algunos sacerdotes que acompañaron casos de enfermos y muertos por COVID.

Palabras claves: Muerte - Aspectos religiosos. Muerte - Aspectos sociales. Ritos y ceremonias. Usos y costumbres. Liturgia. Fenomenología. Infecciones por coronavirus. COVID-19 - Aspectos sociales. Enfermedades endémicas - Aspectos sociales.

Abstrac

The human being of all times has been ritually related to death. The historical evidence refers to ancient ceremonies that were performed around the death of people, characterized by an elaborate symbolic code on the foundation of which the social reality is developed, giving meaning to the transcendent and mystical experience that, humanly speaking, seems to some only as the end of a cycle and, for others, as an opening to transcendence.

In Catholic theology and tradition, illness and death are accompanied by a variety of rituals aimed at restoring the sick person to health, as in the case of the Anointing of the Sick, the laying on of hands and viaticum; or also, to give hope, comfort and resignation in the face of death, as in the case of the Responsory of the Death, the prayer vigil for the deceased, the Requiem Mass for the blessing of the tomb and the last commendation of the soul in the cemetery.

These rituals in which the Christian community accompanies, in times of illness and death, could not be performed for all those faithful Christians who died during the pandemic and were buried under the COVID protocol.

This essay is a descriptive study analyzing Catholic rituality regarding death in the context of the COVID-19 pandemic. Part of the phenomenology in the case

of rituality and the meaning of Christian death, considers what is established in the Rituals of the Catholic Church in this regard, the experience of families who lost their loved ones and also the experience of some priests who accompanied cases of sick and dead by COVID.

Keywords: Death - Religious aspects. Death - Social aspects. Rites and ceremonies. Customs and habits. Liturgy. Phenomenology. Coronavirus infections. COVID-19 - Social aspects. Endemic diseases - Social aspects.

Introducción

El ser humano de todos los tiempos se ha relacionado ritualmente con la muerte. La evidencia histórica refiere ceremoniales antiguos que se hacían en torno a la muerte de las personas, caracterizados por un elaborado código simbólico sobre la base del cual se construye la realidad social, dotando de sentido la experiencia trascendente y misteriosa que, humanamente parece para algunos sólo como el final de un ciclo y, para otros, como abrirse a la trascendencia (Torres, 2006).

Con distintas variantes, en todas las latitudes y en todos los momentos de la historia humana, se encuentra evidencia de esta relación ritual: desde el hombre en las cavernas a las formas de vida tribal, desde las comunidades nómadas hasta las grandes tribus sedentarias. Y esta ritualidad ha pasado de generación en generación hasta el hombre contemporáneo que, aferrado más a la existencia, prolonga el recuerdo de los vivos con manifestaciones rituales que expresan el deseo de una vida que nunca se acabe. En todas, lo que es común, sostiene Torres (2006), es la búsqueda de la vida eterna y la atenuación del dolor que la muerte trae consigo.

Esto es lo que ocurre en la ritualidad católica respecto a la muerte. En efecto, para la teología católica de profundas raíces judías, la muerte no significa el fin de la existencia, sino la puerta necesaria que abre paso a la trascendencia de una vida que nunca se acaba. Ya los judíos, impregnados de toda la tradición de las religiones telúricas de la región mesopotámica, se vieron influenciados por la ritualidad que ve en la muerte una trasposición locativa de la persona a un mundo mejor.

En efecto, en la tradición judía, que es la base de la tradición cristiana, la muerte de las personas está rodeada de elementos rituales de profundo significado (Tapia-Adler, 2008). En efecto, en el momento de la enfermedad, la comunidad está llamada al *Bikur Jolim*, (la visita a los enfermos) para aliviar parte del dolor de esa persona. Una vez la persona fallece, la *Jevra Kadisha* o sociedad sagrada,

compuesta por miembros piadosos de la comunidad, se encarga de realizar la purificación del cuerpo para, luego, cubrirlo con los *tajrijim* (mortajas) de color blanco y, posteriormente, acompañan al muerto (*Halvaiat hamet*), recitando Salmos hasta el momento en que se procede a llevarlo al lugar donde se realizarán los rezos correspondientes. Para la ceremonia fúnebre (*héspedes*) lloran rasgando sus vestiduras y, luego, proceden al cortejo fúnebre (*levaiá*) acompañados de amigos y familiares hasta darle sepultura (*kevirá*), siempre en un ambiente ritual.

Esta síntesis de la ritualidad judía en torno a la muerte, desarrollada más ampliamente por Tapia-Adler (2008), refiere ya los elementos que, en la teología católica consagran la ritualidad con relación a los enfermos, la muerte misma y todo cuanto concierne a los actos fúnebres. Y sobre esto volveremos más adelante.

Fenomenología de lo ritual.

Pensar en la ritualidad que acompaña la muerte de las personas, nos obliga primero a definir tanto el rito como la ritualidad y sus implicaciones características. Marta Allué (1998) en su artículo *La ritualización de la pérdida*, define el *rito*, en su sentido amplio, como “una unidad simbólica de expresión, definida culturalmente por los miembros de una sociedad dada, que designa actos o sucesión de actos no instintivos que no pueden explicarse racionalmente como medios para la consecución de un fin. Posturas y actitudes, intercambios verbales constituyen una fórmula de comunicación pautada culturalmente por la tradición que se desencadena en un espacio y tiempo limitados” (p. 69). Por su parte, el filósofo surcoreano Byung-Chul Han, en su obra *La desaparición de los rituales* (2020, pp. 11-17) los describe como “acciones simbólicas” que transmiten y representan aquellos valores y órdenes que mantienen cohesionada una comunidad, ordenan el tiempo, dan estabilidad a la vida gracias a su *mismidad*, a su *repetición*; engendran una alianza, una totalidad, una comunidad.

La constante es que, los ritos y, por tanto, la ritualidad, revisten acciones simbólicas que tienen sentido al interno de una comunidad. En efecto, todas las culturas tienen rituales que les identifican. Torres (2006) sostiene que los integrantes de cada cultura construyen el sentido de la vida por medio de imágenes y símbolos que rodean las múltiples actividades sociales que cobran vida según las necesidades de cada pueblo. Surgen entonces los rituales como “prácticas sociales simbólicas que tienen por objeto recrear a la comunidad, reuniéndola en la celebración de un acontecimiento. El rito revive la cohesión del grupo y, por lo tanto, también contribuye a la construcción de su identidad” (Álvares, 2005, p. 226).

La carga simbólica y el elemento cohesionador comunitario que revisten los ritos, han hecho que, el acontecimiento de la muerte se convierta en uno de los fenómenos más ritualizados en todos los tiempos y culturas, manifestado en la ejecución de ceremonias mortuorias. En estas ceremonias, sostiene Durkheim (1992), los ritos funerarios contribuyen a mantener los lazos sociales, es decir, restablecen el equilibrio perdido que produce la muerte de un miembro del grupo. De este modo se subraya la estabilización y el mantenimiento de la cohesión social.

Pero no se trata solo del simbolismo y cohesión social. Hay autores, dice Torres (2006) que, desde una visión funcionalista sobre el rito, destacan su papel catártico, lo que promueve a su vez la integración social. Se trata de una “eficacia simbólica” al decir de Lévi-Strauss (1977). Visto desde esta perspectiva catártica, el ritual es algo que “cura” a través de la sugestión y la inducción. Pero, también, otros autores han señalado que, además de la vocación simbólica, cohesionadora, estabilizadora y catártica del ritual, existe también un espacio para lo inédito, lo conflictivo y lo paradójico en el rito (Clavandier, 2009).

Por ello, a juicio de Allué (1998, p. 69), la antropología social y cultural entiende hoy la muerte como un proceso que sufre un individuo (proceso biológico) y una sociedad (proceso social) que lo pierde. Esa sociedad construye, según su sistema de valores y creencias, una interpretación cultural del fenómeno, reflejándolo en la actividad ritual. Es por este motivo que todas las sociedades organizan ceremonias para conmemorar, celebrar o despedir personas y situaciones. La vida y la muerte, así como todo lo que concierne al cuerpo, son, por tanto, en la universalidad de las sociedades humanas, objetos de ceremonia.

El sentido cristiano de la muerte

La teología católica comprende al ser humano como una totalidad unificada, un ser compuesto al menos de dos coprincipios²: alma y cuerpo, un ser corporal y espiritual. En términos metafísicos, el alma constituye la *essentia* de la persona, la medida de su ser. De hecho, el Catecismo de la Iglesia Católica (CIC, n. 363) establece que,

el término alma designa en la Sagrada Escritura la *vida* humana (cf. *Mt* 16,25-26; *Jn* 15,13) o toda la *persona* humana (cf. *Hch* 2,41). Pero designa también lo que hay de más íntimo en el hombre

.....
2 Los relatos veterotestamentarios hablan únicamente de alma-cuerpo. En el pensamiento filosófico, Platón introdujo la idea del dualismo que, más tarde, fue retomado por San Agustín de Hipona; por su parte, Aristóteles inauguró la tradición que ve en la persona a un ser hilemórfico, compuesto, en armonía. Esta tradición hilemórfica, más tarde será retomada por Santo Tomás de Aquino. Tanto San Agustín, como Santo Tomás, son referentes de dos grandes tradiciones en la Teología Católica.

(cf. Mt 26,38; Jn 12,27) y de más valor en él (cf. Mt 10,28; 2M 6,30), aquello por lo que es particularmente imagen de Dios: «alma» significa el *principio espiritual* en el hombre”. Y, respecto al cuerpo, dice que “es cuerpo humano precisamente porque está animado por el alma espiritual, y es toda la persona humana la que está destinada a ser, en el Cuerpo de Cristo, el templo del Espíritu (cf. 1 Co 6,19-20; 15,44-45).

Más tarde, la tradición paulina (1Ts 5, 26), introduce la comprensión del ser humano como un ser dotado de tres dimensiones: alma, espíritu y cuerpo³. La Iglesia enseña (CIC, 367) que esta distinción no introduce una dualidad en el alma. “Espíritu” significa que el hombre está ordenado desde su creación a su fin sobrenatural, y que su alma es capaz de ser sobre elevada gratuitamente a la comunión con Dios.

En el acto creador, Dios hace del ser humano un ser viviente (*nefesh*), creado “a imagen y semejanza Suya” (Gn 1, 27; 2, 7)⁴, formado a partir del polvo, Dios le insufla su aliento y le da vida, de modo que, si Dios le retira su aliento, el hombre retorna al polvo (Sal 104, 29). Y, por haber sido hecho a imagen de Dios, el ser humano tiene la dignidad de persona; no es solamente algo, sino alguien. Es capaz de conocerse, de poseerse y de darse libremente y entrar en comunión con otras personas; y es llamado, por la gracia, a una alianza con su Creador, a ofrecerle una respuesta de fe y de amor que ningún otro ser puede dar en su lugar (CIC, n. 357).

Resulta claro que, desde la perspectiva de la teología católica, el ser humano es creado por Dios, a imagen y semejanza suya, como un ser dotado de alma y cuerpo y que, el alma, vivifica al cuerpo. Esta aseveración nos permite, desde ya, definir lo que para la tradición judeocristiana es la muerte. Clásicamente, se define la muerte como “separación del alma del cuerpo” (Burgos, 2005; Lucas-Lucas, 2010) a razón de lo que el salmista dice: *si les quitas el aliento, expiran y vuelven al polvo* (Sal 104, 29).

La Iglesia nunca ha considerado la muerte como algo bueno en sí mismo. De hecho, de los textos de la Escritura se deriva que la muerte no es otra cosa que “la paga” por el pecado (Rm 6,23) derivada de la desobediencia: el pecado original. Tomás de Aquino, ha afirmado que la muerte es “la más grande de las

3 Esta distinción aparece sólo una vez en el Nuevo Testamento.

4 Estos conceptos son ampliamente desarrollados por Sayés, J.A. (2002) *Teología de la Creación*. Palabra; desde la perspectiva moral, este tema es desarrollado por Colom, E.&Rodríguez-Luño, A. (2008) *Scelti in Cristo per essere santi*. EDUSC. Desde la antropología filosófica, el tema es desarrollado en las siguientes obras (entre otras): Burgos, J.M. (2005) *Antropología: una guía para la existencia*. Palabra; Lucas-Lucas, R. (2010) *Horizonte vertical. Sentido y significado de la persona humana*. BAC.

desgracias humanas” como también el colmo de todos los males, pues en ella “la vida es robada⁵”. La muerte, dice Lavatori (2007)⁶ determina la pobreza total, la separación forzada de las personas amadas, signo de extrema soledad. En este sentido, la teología católica la ha comprendido como consecuencia del pecado: por el pecado, entró la muerte en el mundo. Por tanto, la muerte es contraria al designio original de Dios, quien había destinado al hombre para la inmortalidad (Sab 1,13-15; 2, 23-25).

Entonces, ¿Cuál es el sentido cristiano de la muerte?

Comprender la muerte, para el cristiano, sólo es posible a través de la comprensión del misterio del pecado del ser humano y la gratuidad de la redención de Cristo, llevada a cabo por Su pasión, muerte y resurrección. La historia misma del hombre, su situación en el mundo sólo es correctamente comprendida y definida a través del misterio del Verbo Encarnado (Wojtyła, 2005, p. 206): “En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado... Cristo, que es el nuevo Adán, revelando el misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre su altísima vocación⁷”. Jesús es el hombre igual al hombre, excepto en el pecado: Él no podía identificarse con el pecado, pero toma sobre sí todas las consecuencias del pecado, entre las cuales la más grave es la muerte. Sólo de este modo, el Inocente sin culpa alguna, sometiéndose a la muerte, causada por el pecado, la desintegra desde dentro, porque Él no estaba destinado ni sometido a la muerte (Lavatori, 2007, p. 191). Cristo transforma desde dentro la muerte en vida.

De este modo, el paso necesario para la vida es la muerte. Y en Cristo esto se realiza por medio de la Cruz. En la Cruz, dice Ratzinger (2011) “se había verificado lo que en vano se había intentado con los sacrificios de animales: el mundo había obtenido la expiación. El «Cordero de Dios» había cargado sobre sí el pecado del mundo y lo había quitado de allí. La relación de Dios con el mundo, perturbada por la culpa de los hombres, había sido renovada. La reconciliación se había cumplido” (p. 268). Esta victoria alcanza la plena manifestación y total glorificación con la resurrección. De este modo, Cristo, vence la muerte con Su muerte y da la vida con Su resurrección.

La resurrección es el fundamento de la fe cristiana (1 Cor 15, 14). Ratzinger (2007, p.251) agrega: Confesar la resurrección de Jesucristo es para los cristianos decir con seguridad que lo que sólo parecía un bonito sueño es una auténtica realidad, que *el amor es más fuerte que la muerte* (Cant 8,6). Jesús

5 Tomás de Aquino, *Compendio Theologiae* 227, 475; cf. *De Veritate* q. 26, a.6, ad.8

6 Su obra originalmente ha sido escrita en italiano. Las referencias en este trabajo son traducción personal de la obra original en italiano.

7 Es la aseveración que hace el Concilio Vaticano II, en la *Gaudium et Spe*, n. 22

vive la ofrenda de la cruz como acto de amor al Padre y a los hombres, de modo que la muerte, aceptada gratuitamente, ya no tiene más poder sobre el hombre y Jesús demuestra que el amor une lo que la muerte separaba.

Tras la derrota de la muerte obrada por Cristo, la muerte del cristiano se convierte en “muerte en el Señor”, que es el único remedio y superación del miedo y la angustia. La muerte no es más fuente de desánimo o de miedo vinculada al castigo o a la pena, sino que se transforma en un motivo de esperanza y cumplimiento. Así pues, si la muerte de Cristo ha sido el lugar y el signo de la revelación de su amor y de su fidelidad hacia el Padre y hacia las creaturas humanas, para el creyente la muerte no presenta solamente aspectos negativos, sino que se transforma en un momento o una acción de sumisión y ofrenda en unión con Cristo; es más, la muerte ofrece al creyente la oportunidad única de unirse con su Señor. Como dice el Catecismo (n.1011): En la muerte, Dios llama al hombre hacia sí. Por eso, el cristiano puede experimentar hacia la muerte un deseo semejante al de san Pablo: “Deseo partir y estar con Cristo” (Flp 1, 23); y puede transformar su propia muerte en un acto de obediencia y de amor hacia el Padre, a ejemplo de Cristo (cf. Lc 23, 46).

A la luz del misterio pascual de Cristo, la muerte es aniquilada y sale verdaderamente transfigurada, asumiendo un valor totalmente nuevo, inesperado e inaudito: se convierte en camino e instrumento para la vida, dice Lavatori (2007, p. 193). Y el Catecismo (n. 1013) concluye diciendo:

La muerte es el fin de la peregrinación terrena del hombre, del tiempo de gracia y de misericordia que Dios le ofrece para realizar su vida terrena según el designio divino y para decidir su último destino. Cuando ha tenido fin “el único curso de nuestra vida terrena” (LG 48), ya no volveremos a otras vidas terrenas. «Está establecido que los hombres mueran una sola vez» (Hb 9, 27). No hay «reencarnación» después de la muerte.

La ritualidad católica ante la muerte

La Iglesia Católica, partiendo de una comprensión del dolor y de la muerte desde la perspectiva cristiana, es decir, desde la óptica de la redención⁸, ha establecido a lo largo de su bimilenaria Tradición, una serie de rituales que acompañan tanto el momento de la enfermedad como la muerte.

.....
8 Véase, por ejemplo, la Carta Apostólica *Salvifici Doloris* del Sumo Pontífice Juan Pablo II (1984) donde expone ampliamente la visión católica sobre el sentido cristiano del sufrimiento, el dolor y la muerte.

El *Ritual de la Unción y de la Pastoral de enfermos* (2002) establece los siguientes ritos en relación con los enfermos⁹:

- a. Visita y comunión de los enfermos.
- b. Unción del enfermo.
- c. El Viático.
- d. La entrega de los moribundos a Dios.

Y, respecto a los difuntos, el *Ritual de Exequias* (2013) establece tres formas¹⁰ de celebrar las exequias con los siguientes ritos:

- a. Estación en casa del difunto (vigilia por el difunto).
- b. Procesión hacia la Iglesia.
- c. Estación en la Iglesia (Misa de cuerpo presente).
- d. Procesión hacia el cementerio.
- e. Estación en el cementerio.
- f. Bendición de la tumba.

El sentido de estas celebraciones está establecido en los *Praenotanda* de los libros litúrgicos de cada Ritual. Respecto a los ritos establecidos para acompañar a los enfermos, centraremos nuestra atención en el Sacramento de la Unción de los Enfermos, que es el último de los Sacramentos que se administra a los fieles católicos. *El Ritual de la Unción y de la Pastoral de enfermos* (2002), cuando introduce el sentido de la Unción de los enfermos, dice:

Este sacramento otorga al enfermo la gracia del Espíritu Santo, con lo cual el hombre entero es ayudado en su salud, confortado por la confianza en Dios y robustecido contra las tentaciones del enemigo y la angustia de la muerte, de tal modo que pueda no sólo soportar sus males con fortaleza, sino también luchar contra ellos e, incluso, conseguir la salud si conviene para su salvación espiritual, asimismo, le concede, si es necesario, el perdón de los pecados y la plenitud de la penitencia cristiana. (*Praenotanda*, n. 5)

Y, respecto al ritual que se debe cumplir, establece lo siguiente:

9 Excluimos en esta lista aquellos ritos extraordinarios que se hacen en peligro de muerte. Por ejemplo, el sacramento de la confirmación en peligro de muerte o el matrimonio.

10 La primera forma prevé tres «estaciones»: en la casa del difunto, en la iglesia y en el cementerio; la segunda forma considera sólo dos «estaciones»: en la capilla del cementerio y junto al sepulcro; la tercera forma tiene una sola «estación»: en la casa del difunto.

La celebración del sacramento consiste primordialmente en lo siguiente: previa la imposición de manos por los presbíteros de la Iglesia, se proclama la oración de la fe y se unge a los enfermos con el óleo santificado por la bendición de Dios, ungiendo al enfermo en la frente y en las manos. (*Praenotanda*, nn. 4 y 23)

Una vez administrada la Unción, se le confiere el Viático (la Sagrada Comunión), que es la garantía de protección para el fiel en el tránsito de esta vida. De este modo, el fiel, robustecido con el viático del Cuerpo y Sangre de Cristo, se ve protegido por la garantía de la resurrección, según palabras del Señor: “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día”. (Jn 6, 54; *Praenotanda*, n. 26). Finalmente, si el fiel cristiano se encuentra en paso de muerte, se hace el rito de *recomendación del alma* que tiene por finalidad que el moribundo, si todavía tiene conocimiento, imitando a Cristo dolorido y moribundo que, al morir, destruyó nuestra muerte, supere con su poder la innata ansiedad de la muerte y la acepte con la esperanza de la vida celestial y de la resurrección. Y, para los familiares y amigos presentes, estas plegarias constituyen una fuente de consuelo al descubrir el sentido pascual de la muerte cristiana.

Una vez fallece el enfermo, tiene lugar el Ritual de las Exequias. La finalidad de los ritos exequiales está establecida en el Ritual con las siguientes palabras:

La Iglesia, en las exequias de sus hijos, celebra el misterio pascual, para que quienes por el bautismo fueron incorporados a Cristo, muerto y resucitado, pasen también con él a la vida eterna, primero en el alma, que tendrá que purificarse para entrar en el cielo con los santos y elegidos, después en el cuerpo, que deberá aguardar la bienaventurada esperanza del advenimiento de Cristo y la resurrección de los muertos.

Por tanto, la Iglesia ofrece por los difuntos el sacrificio eucarístico de la Pascua de Cristo, y reza y celebra sufragios por ellos, de modo que, comunicándose entre sí todos los miembros de Cristo, estos impetran para los difuntos el auxilio espiritual y, para los demás, el consuelo de la esperanza. (Ritual de Exequias, *Praenotanda* n.1)

Los ritos exequiales revisten tres posibles formas de celebración, como ya hemos anotado. Aquí describimos la Primera Forma que prevé tres «estaciones» y dos procesiones: las estaciones en la casa del difunto, en la iglesia y en el cementerio; y las procesiones de la casa hacia la Iglesia y de la Iglesia hacia el cementerio.

La estación o vigilia en casa del difunto se realiza durante las horas en que se permanece velando el cuerpo del difunto, en presencia de toda la comunidad que acompaña. Consta de momentos de oración, canto, escucha de la Palabra de Dios, meditación y salmos. Tiene como finalidad alimentar y expresar la fe en la victoria de Cristo sobre la muerte, avivar la esperanza en la resurrección, consolar y reconfortar el ánimo y unir en la caridad mutua de los presentes y con los que ya partieron.

El segundo momento que prevé el rito es la *procesión hacia la Iglesia*, durante la cual, el pueblo ora por el difunto, o se entona algún canto popular apropiado.

Llegados a la Iglesia, donde se tendrá la *segunda estación* o también conocida como *Misa de Cuerpo Presente*, se tienen rituales pertinentes: hay un rito de acogida donde se recibe el cuerpo y a la comunidad que le acompaña, se rocía el féretro con agua bendita; entre cantos se lleva el féretro hasta el lugar frente al altar donde se coloca el cuerpo en la posición “que le fue común en la asamblea litúrgica, es decir, los ministros ordenados mirando al pueblo, los laicos mirando hacia el altar” (*Cæremoniale Episcoporum*, n. 823); sobre el féretro se puede colocar el libro de los Evangelios o la Biblia, se enciende el cirio pascual junto al féretro y se celebra la Santa Misa propia por los difuntos. Al concluir la Santa Misa, se procede a la *segunda procesión*: hacia el cementerio.

Llegada la procesión al cementerio, se tiene la *tercera estación*: el cuerpo se coloca, a ser posible, cerca de la tumba, y se procede al rito del último adiós. Se recitan salmos y oraciones; si el sepulcro no está bendecido, se rocía con agua bendita y se incienso. El sacerdote procede al rito de la última recomendación y despedida, haciendo una oración y rociando el féretro con agua bendita e incensándolo con el turíbulo. Después, entre oraciones, se coloca el cuerpo en el sepulcro y se concluye con el rito de bendición sobre los presentes.

La muerte en el contexto de la pandemia

La pandemia de la COVID-19 (sigla inglesa de *Coronavirus Disease*) fue declarada por la Organización Mundial de la Salud (OMS) el 11 de marzo de 2020. Ese mismo día fueron anunciadas algunas medidas a tomar por el Gobierno Salvadoreño. El 18 de marzo, el presidente de la República, informó a la nación, a través de una cadena nacional de radio, televisión e internet, que se había confirmado el primer caso de COVID-19 en El Salvador: se trataba de un salvadoreño que pasó de Guatemala al país por un “punto ciego” en el municipio de Metapán, Santa Ana. Tres días más tarde, el 21 de marzo, entraba en vigor la cuarentena estricta.

A partir del primer contagio detectado, inició una intensa actividad por parte de las autoridades para identificar nexos de contagio y nuevos contagiados. Unos eran trasladados a los Centros de Contención para la cuarentena obligatoria y, los enfermos, eran llevados a los centros asistenciales. En ambos casos, tanto los nexos como los contagiados fueron aislados completamente de sus familiares y comunidad. Más tarde, cuando el número de contagiados fue más elevado, el Ministerio de Salud publicó los *Lineamientos técnicos para la atención integral de personas con COVID-19, a nivel domiciliario (2020), donde establecía las Medidas generales para el paciente en aislamiento*. Estas eran (entre otras):

- No salir de la habitación en ninguna circunstancia, con excepción del uso del baño o una condición de urgencia (deterioro de la salud o compromiso de la vida).
- La persona enferma, no debe recibir visitas durante el periodo de aislamiento, excepto para eventuales controles de salud.
- La presencia de otras personas en el domicilio debe limitarse a lo estrictamente necesario, no recibir visita.

El 31 de marzo, el presidente anunció en su red social Twitter, la primera muerte por COVID-19; se trataba de una mujer mayor de 60 años, que llegó al país procedente de Estados Unidos. Ese mismo día se publicaron los *Lineamientos, técnicos para el manejo y disposición final de cadáveres de casos COVID-19* en los que se establecía que se debía “evitar realizar velación”. La segunda edición de estos *Lineamientos* que salió el mismo día 31, fue más específica y establecía que “A fin de minimizar los riesgos a la salud pública, se prohíben las siguientes actividades: 1. Rituales fúnebres. 2. Velaciones. 3. Actos religiosos 4. Abrir el ataúd”. Además, “Todos los cadáveres deberán ser trasladados desde la morgue hospitalaria hasta el cementerio designado por los familiares”. La tercera edición del 8 de junio de 2020 mantiene las mismas prohibiciones y normas al respecto. Fue la cuarta edición de los *Lineamientos*, emitida el 13 de enero de 2022, la que estableció que “Posterior al adecuado manejo del cadáver, este ya no representa un riesgo para la transmisión de la enfermedad, por lo que, para garantizar los derechos de familiares de personas fallecidas, están permitidas las siguientes actividades: Ritos funerales, Velaciones, Inhumación o cremación”. Ya con estos lineamientos, se permitían algunas actividades, pero no de modo libre, sino bajo algunas condiciones para que se dieran los Ritos funerales y velaciones: El féretro debería estar sellado, la cantidad de las personas asistentes debía ser acorde al espacio donde se tuviera la velación, garantizando el distanciamiento y en todo caso se priorizará el núcleo familiar y allegados más cercanos, etc.

Finalmente, la quinta edición de los *Lineamientos técnicos para el manejo y disposición final de cadáveres de casos COVID-19* publicados el 23 de septiembre del 2022, establecía que “Posterior al adecuado manejo del cadáver, este ya no representa un riesgo para la transmisión de la enfermedad, por lo que el manejo de fallecidos por COVID-19 deberá ser realizado de manera convencional, garantizando los derechos de los familiares de personas fallecidas y que estos puedan realizar sin restricción alguna”.

Desde el registro de la primera muerte el 31 de marzo de 2020 y la publicación de los *Lineamientos técnicos para el manejo y disposición final de cadáveres de casos COVID-19* que prohibían todo rito fúnebre, hasta el 13 de enero de 2022, en que la cuarta edición de tales Lineamientos permitía, bajo condiciones, los ritos funerales y velaciones, fallecieron más de cuatro mil personas. La última actualización del sitio oficial del gobierno salvadoreño donde refleja las estadísticas respecto a los casos COVID, tiene fecha del 18 de octubre de 2022 y refiere un total de fallecidos de 4,230 personas.

Los entierros bajo protocolo COVID fueron realizados en todo el país con la máxima celeridad posible: el traslado por carretera era una auténtica caravana entre patrulla policial, ambulancia, carro funerario y familiares que pretendían seguirles el paso. Directamente, desde la morgue del hospital hasta el cementerio donde sería la inhumación. Estrictamente, podían acompañar algunas personas del círculo familiar, con las debidas medidas tanto de protección como de distanciamiento respecto al féretro que contenía el cadáver, mismo que les era entregado sellado con la única certeza que un documento decía que, en ese ataúd, estaba su familiar.

Todas las medidas adoptadas en la práctica de los entierros bajo protocolo COVID debían ser cumplidas con estricta observancia. En entrevista con el director general de Funerales y Capillas “Ismael Guzmán”, relata cuanto sigue:

Los miembros de la funeraria que retiraban los cuerpos de la morgue del hospital se vestían con el traje de protección nivel 3. Se hacía fila para retirar los cuerpos, en orden de llegada de cada funeraria. Vestidos con el traje especial, ingresaban a la morgue, donde tomaban el cuerpo que estaba embolsado, con su nombre y viñeta en su bolsa. Y eso era lo que muchas veces dificultaba, pues la gente tenía el miedo que no era su familiar. Se tomaba la bolsa con el respectivo nombre, se colocaba en la caja, se rociaba el cuerpo con hipoclorito de sodio, se sellaba con pegamento, se rociaba la caja con hipoclorito, se embalaba completamente con plástico y se volvía a rociar con hipoclorito de sodio.

Después se colocaba en el carro funerario y salían. Se corría a lo máximo porque se creía que el cuerpo contaminaba. Se llegaba al cementerio y de una vez a la tumba. No había espacio para que la familia se despidiera. Al cementerio sólo ingresaban dos o tres personas familiares, debidamente vestidos con trajes de protección nivel 2. La gente no tenía acceso a despedirse; todo era rápido. (I. G. *Comunicación personal*, 28 de octubre de 2022)

La ritualidad católica en los casos de enfermedad y muerte por COVID

El 19 de marzo de 2020, la Conferencia Episcopal de El Salvador, reunida en Asamblea Extraordinaria con motivo de la pandemia del coronavirus, dio a conocer las medidas de carácter pastoral que se aplicarían en la provincia eclesiástica del El Salvador.

La *Instrucción de la CEDES por COVID-19* en el primer inciso dice:

[...] Atendiendo la recomendación de “**permanecer en casa**”, según las autoridades internacionales de la salud: OMS, OPS; y las autoridades sanitarias de nuestro país. Movidos por nuestra responsabilidad de pastores y por el bien de todos los salvadoreños, nos vemos en la grave necesidad de tomar las siguientes medidas:

1. Todas las celebraciones religiosas y actividades pastorales con presencia de fieles quedan suspendidas, incluidas las de Semana Santa.
2. Las celebraciones religiosas serán en privado y se transmitirán todos los días, a través de los medios de comunicación social (radio, televisión y redes sociales).
3. Estas disposiciones son temporales, entran en vigencia a partir de hoy, hasta nuevo aviso.

Estas directrices emanadas por la CEDES comenzaron a aplicarse en las distintas parroquias de cada diócesis del territorio nacional. Los Obispos responsables de su territorio diocesano, dieron orientaciones más específicas para aplicarse en cada territorio: Templo cerrado a los fieles, Misas sin asistencia de fieles, transmitidas únicamente por redes sociales y medios de comunicación, suspensión de reuniones, prohibición de visita a enfermos y prohibición de celebrar misas de exequias.

En un mensaje del 21 de marzo de 2020, el arzobispo de San Salvador manifestaba:

Como pastores debemos hacer todo lo posible porque nuestros fieles permanezcan en casa, no podemos exponerles; esa es la razón por la que los obispos hemos suspendido todas las actividades religiosas y pastorales con presencia de fieles, por favor no desobedezcan la indicación, es esta, hoy, nuestra responsabilidad pastoral, evitar toda reunión de fieles, por eso los templos deben permanecer cerrados, durante esta emergencia. Tampoco se puede visitar los hogares, ni siquiera visitar a los enfermos, porque ponemos en peligro a las personas al visitarles, podemos ser transmisores del virus. Les pido que seamos sumamente responsables, protegiendo la vida de nuestros hermanos. (Escobar Alas, J.L. *Mensaje del arzobispo de San Salvador ante emergencia por Covid-19*. 21 de marzo, 2020).

Bajo este criterio, los sacerdotes no podían visitar a los enfermos, en general, de ninguna patología; mucho menos a los enfermos afectados por el COVID-19. Durante esta investigación, se entrevistó a algunos sacerdotes para conocer las distintas experiencias. Bien pronto se alcanzó el punto de saturación, pues las respuestas coincidían en decir que no habían visitado enfermos en los primeros meses, ya que estaba prohibido bajo el criterio pastoral de evitar la propagación del virus. Sin embargo, algunos sacerdotes sí lo hicieron, y al preguntarles *¿Cuál fue su experiencia atendiendo estos casos?* Su respuesta fue:

Muy positiva. Me acercó al epicentro de la pandemia y me enseñó lo poco humana que es nuestra pastoral. Como era algo prohibido, tuvo consecuencias mediáticas: llamadas de atención en público y calificar la experiencia como un acto de desobediencia y rebeldía. (Pbro. A., V.J. *Comunicación personal*, 20 de octubre de 2022)

Otro sacerdote entrevistado, ante la misma pregunta, respondió: “Daba temor humano. Pero visité un par de personas” (Pbro. C., J.V. *Comunicación personal*, 28 de octubre de 2022)

Otro más, agregó: Se aconsejó que los sacerdotes nos abstuviéramos de administrar los sacramentos de la Unción y Confesión a personas infectadas por el coronavirus y que solo se encomendara en oraciones. Sin embargo, acompañarles fue una experiencia peligrosa, pero muy noble en cuanto que mucha gente falleció y se pudo atender espiritualmente sin contaminarme. (Pbro. E., R.C. *Comunicación personal*, 29 de octubre de 2022)

Por otra parte, hubo sacerdotes que, ante la imposibilidad de dar acompañamiento físico y al no poder administrar el sacramento de la unción a los enfermos por COVID, recurrieron al uso de los medios de comunicación para acompañar

con la oración tanto al enfermo como a su familia. Uno de los sacerdotes entrevistados relata que,

[...] Cada sacerdote procedió como pudo y según las circunstancias hizo lo que estaba a su alcance. Directamente, no se pudo realizar los ritos. Me refiero: no pudimos escucharles en confesión, no pudimos administrarles la unción de los enfermos y mucho menos, hacer los ritos exequiales. Sin embargo, desde mi situación y desde la necesidad que fui descubriendo, una manera de hacerme presente a las personas fue lo siguiente: primero, les pedí tener agua bendita en sus casas; segundo, vía teléfono, yo generaba la llamada, ponían en alta voz el teléfono y orábamos junto con la familia para poder acompañarles en esas situaciones. Porque debo decir que, algunos no tenemos certeza de que hayan muerto por COVID, pero era en las circunstancias de (la pandemia). Por lo tanto, no podíamos acercarnos. De esa manera pude estar cerca en cierto sentido, en cuanto que podía escucharles, ellos podían escuchar mi voz, pudimos orar juntos en un acto real y personalizado. Así, las familias y la persona enferma se sentían confortados. Luego, les pedí el nombre de los familiares que habían fallecido y ofrecí en las misas diarias que yo celebrara el novenario por ellos. (Pbro. M., S.R. *Comunicación personal*, 28 de octubre de 2022)

Más tarde, después de 5 meses de pandemia, se comenzó con la reapertura de los templos, el 30 de agosto de 2021. Esta reapertura sería gradual en tres fases con ciertas condiciones respecto a la atención a los enfermos. En el *Protocolo de acciones sanitarias (2020)* publicado por la CEDES se establece que, en cuanto a la Unción de los enfermos, debe hacerse el rito breve; para evitar el contacto físico, en la administración de los óleos puede utilizarse algodón o hisopo. Además, establecía que, “los sacerdotes de avanzada edad o enfermos no deberían administrar este sacramento a personas que están infectadas por COVID-19. Si la persona a la que se le administrará este sacramento es paciente o sospechoso de COVID-19, el sacerdote deberá estar con todo el equipo de protección personal para evitar el contagio y mantener todas las indicaciones dadas por las autoridades sanitarias correspondientes”. El equipo que debían usar los sacerdotes que visitaran personas pacientes o sospechosas de COVID incluía: mascarilla KN95, guantes, lentes, protección para el calzado, traje de bioseguridad y careta.

Acompañar a los fieles católicos, con los sacramentos y demás ritos en el momento de la enfermedad y la muerte en los casos de sospecha por COVID-19

.....
11 Para esta reapertura, la CEDES publicó un Comunicado de reapertura de los templos, y un Protocolo de acciones sanitarias con las medidas a seguir durante la reapertura.



Reynaldo Antonio Rivas

se volvió una tarea difícil. Tanto para los enfermos como para los familiares, la presencia o ausencia del sacerdote junto con la administración de los sacramentos significó mucho. En efecto, para esta investigación, se consultó a algunos fieles católicos que perdieron a sus familiares por el coronavirus. Y ante la pregunta *¿Qué significó para ustedes la presencia o, si no pudieron tener el acompañamiento, ¿qué significó la ausencia del sacerdote?* Algunas respuestas fueron:

Más que presencia, sentimos compañía. Poder contar con un sacerdote, en ese preciso momento, fue un privilegio y un regalo de Dios. Me llené de consuelo y me invadió un sentimiento mezclado entre esperanza y resignación: no sabía si mi papá iba a superar la enfermedad o no, pero, estuve segura de que sentir la gracia y misericordia de Dios a través del perdón de sus pecados, le daría paz a su corazón, lo llenaría de fortaleza para soportar su enfermedad y para enfrentar el miedo natural a la muerte. (Valladares, B. *Comunicación personal*, 31 de octubre de 2022)

Significo mucho, ya que pensamos que no iban a permitir hacerle nada, para nosotros los católicos es muy importante que se cumplan los ritos. (Flores Gutiérrez, K.A. *Comunicación personal*, 31 de octubre de 2022)

Gracias a Dios un sacerdote pudo darle la unción de los enfermos y eso dio cierto consuelo a la familia. Él estaba en gracia de Dios. Para nosotros fue de mucha fortaleza que el sacerdote le acompañara y que se orara por él. Los sacramentos nos acompañan desde el nacimiento hasta la muerte y son para nosotros fuente de fortaleza y de confianza de alcanzar la vida eterna. (Alvarado, E.A. *Comunicación personal*, 01 de noviembre de 2022)

En los casos en que el sacerdote pudo acompañar, las respuestas coinciden alcanzado el punto de saturación. Pero, hubo casos en que no fue posible contar con el sacerdote. Así lo manifiestan:

Mi papá murió de COVID en la casa. Él quería confesarse, pero el padre nos dijo que no podía venir a visitarlo porque lo tenían prohibido porque no podían exponerse y llevar el virus y contagiar a otras personas. Realmente nos dolió mucho porque siento que mi papá no pudo morir en paz. Por un tiempo nos sentimos molestos y quizá con un poco de resentimiento porque mi papá no fue asistido por el sacerdote. Pero ahora creo que entendemos que la situación estaba difícil también para ellos. (Henríquez Martínez, M. *Comunicación personal*, 31 de octubre de 2022)

Lamentablemente, no pudimos llamar al Sacerdote, ya que tuvo complicaciones porque fue en lo mejor del brote de COVID-19, y por protocolo del hospital no podía realizarse y además ella no quiso exponer a nadie, ya que ella pertenecía al Sector de Salud y había vivido de primera mano esta situación. Fue difícil, pues para nosotros, hablar con el sacerdote y transmitirle nuestro pensar, alivia nuestras cargas y uno puede descansar sin penar, mientras que en la enfermedad nos ayuda a tener más fe, pues, en esos momentos de prueba, son los que menos debemos desmayar nuestra fe por Dios nuestro Señor. Pero fue difícil que el padre no pudiera estar. (Guillén, B. *Comunicación personal*, 02 de noviembre de 2022)

Resulta evidente lo mucho que significa la ritualidad católica para los fieles creyentes. En los ritos, encuentran sentido a la dura experiencia de la enfermedad y la muerte. Por ello, al no poder tener la celebración ritual, los fieles entrevistados manifiestan que es más duro aceptar la pérdida de sus seres queridos. Más aún, el hecho mismo de no poder hacer un funeral con los ritos que acostumbra la Iglesia, y no ser acompañados por la comunidad de amigos y conocidos, la muerte de sus seres queridos por Covid-19 se volvió un gélido momento que, en muchos casos, todavía hoy les persigue con mucho dolor e incertidumbre.

Conclusiones

La fenomenología de lo ritual evidencia que los ritos son símbolos y signos cohesionadores, estabilizadores, catárticos, constructores de identidad, espacio para lo inédito, lo conflictivo y lo paradójico. Frente a la enfermedad y la muerte, permiten dar sentido y llenan de significado lo humanamente indescriptible. Estas funciones de los ritos fueron imposibles durante la pandemia. En consecuencia, las personas que sufrieron la pérdida de sus seres queridos experimentan un no-lugar, insatisfechos por lo que no se hizo, por lo que no fue.

Por su parte, los ritos religiosos son concebidos no como una mera repetición de actos, gestos y palabras; no son una mimesis. Ellos envuelven un contenido profundo que contienen lo que significan y dan sentido a lo indescifrable; en ellos se hace anamnesis del misterio y se prefigura aquello en lo que los cristianos creen y esperan. El resquebrajamiento de esta ritualidad por las condiciones circunstanciales de la pandemia implica también un resquebrajamiento de la experiencia de la fe para muchos casos.

La pandemia ha supuesto una serie de retos y desafíos en la experiencia de fe para muchos católicos. Los sacerdotes tuvieron que repensar su praxis pastoral e inventar modos para dar acompañamiento a los fieles de sus parroquias. Por su parte, los fieles laicos experimentaron la falta de la ritualidad echándola de menos. Hasta la fecha, la Iglesia institucional no ha establecido mecanismos de acompañamiento para las familias que perdieron a sus seres queridos en el contexto de la pandemia. Algunas acciones aisladas se han realizado. Por ejemplo, al cumplirse un año de la pandemia o en el contexto de las Fiestas parroquiales, se han realizado algunos homenajes. Pasado ese tiempo, las familias afrontan sus pérdidas con sus tradicionales novenarios y aniversarios respectivamente.

Bibliografía

- Álvarez Muro, A. (2005). *Cortesía y descortesía*. ULA.
- Bolaños, D. (02 de noviembre de 2017). *La Jebrá Kadishá o sociedad sagrada: preparando los fallecidos para el último viaje*. Enlace Judío. <https://www.enlacejudio.com/2017/11/02/la-jebra-kadisha-sociedad-sagrada-preparando-a-los-fallecidos-ultimo-viaje/>
- Burgos, J.M. (2005). *Antropología: una guía para la existencia*. Palabra
- Cazeneuve, J. (1971). *Sociología del rito*. Amorrortu.
- Clavandier, G. (2009). *Sociologie de la mort*. Armand Colin.
- Colom, E.&Rodríguez-Luño, A. (2008). *Scelti in Cristo per essere santi*. EDUSC.

- Comisión Episcopal Española de Liturgia (2002). *Ritual de la Unción y de la Pastoral de enfermos*. Libros Litúrgicos – CEE
- Comisión Episcopal Española de Liturgia (2007). *Ritual de Exequias*. Libros Litúrgicos - CEE
- Conferencia Episcopal de El Salvador – CEDES (2020). *Protocolo de acciones sanitarias. Celebración del culto en Iglesias católicas durante la desescalada de las medidas restrictivas Covid-19*. <https://www.arzobispadosansalvador.org/wp-content/uploads/2020/08/PROTOCOLO-CEDES-REAPERTURA-1.pdf>
- Consejo Episcopal Latinoamericano – CELAM (1991). *Ceremonial de los Obispos*. DEL.
- Durkheim, É. (1992). *Las formas elementales de la vida religiosa. El sistema totémico en Australia*. Akal.
- Gobierno de El Salvador (s.f.). *Situación Nacional Covid-19*. <https://covid19.gob.sv/>
- Gobiernos de El Salvador – Ministerio de Salud (2020). *Lineamientos técnicos para el manejo y disposición final de cadáveres de casos COVID-19^{1,2}*
³. <http://asp.salud.gob.sv/regulacion/pdf/lineamientos/>
- Gobiernos de El Salvador – Ministerio de Salud (2020). *Lineamientos para aislamiento y manejo de casos sospechosos y confirmados por COVID-19, a nivel domiciliario*. <http://asp.salud.gob.sv/regulacion/pdf/lineamientos/>
- Gobiernos de El Salvador – Ministerio de Salud (2022). *Lineamientos técnicos para el manejo y disposición final de cadáveres de casos COVID-19⁴*
⁵. <http://asp.salud.gob.sv/regulacion/pdf/lineamientos/>
- Han, B-C. (2020). *La desaparición de los rituales*. Herder.
- Lavatori, R. (2007). *Il Signore verrà nella gloria. L'escatologia alla luce del Vaticano II*. EDB
- Lucas-Lucas, R. (2010). *Horizonte vertical. Sentido y significado de la persona humana*. BAC.
- Marie, H. (2017). *La muerte en la tradición bíblica*. Cuadernos Phase.
- Pozo, C. (2011). *Teología del más allá*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Rhaner, K. (1965). *Sentido teológico de la muerte*. Herder
- Pochintesta, P. A. (2016). *La ritualidad en transición. Un estudio sobre las preferencias del destino corporal*. Athenea Digital, 16(2), 33-66. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/athenea.1559>
- Ratzinger, J. (2007). *Introducción al cristianismo*. Sígueme
- Ratzinger, J. (2011). *Jesús de Nazaret. Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*. Encuentro.
- Sayés, J.A. (2002). *Teología de la Creación*. Palabra
- Tapia-Adler, A.M (2008) *Concepción de la muerte en el judaísmo*. Revista Cultura y Religión, vol. 2, 16-30
- Tapia-Adler, A.M. (1996) *Costumbres y Tradiciones Judías*. Fundación para la preservación del judaísmo chileno.

- Thomas, Louis-Vincent (1975/1988). *Anthropologie de la mort*. Fayot.
- Torres, Delci. (2006). *Los rituales funerarios como estrategias simbólicas que regulan las relaciones entre las personas y las culturas*. SAPIENS, 7(2), 107-118. http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1317-58152006000200008&lng=es&tlng=es.
- Wojtyła, K. (2005). *El hombre y su destino*. Biblioteca Palabra

ENERGÍA

Naturaleza profunda,
movimiento infinito.



Técnica: Mixta
Medidas : 50 x 70 cm
Pedro Ipiña